

A large, stylized yellow brushstroke graphic that forms a wide, shallow U-shape, resembling a smile or a wide arc. The stroke is thick and textured, with visible vertical brush marks. It is positioned on the left side of the cover, extending from the top to the bottom, and curves around the right side of the central white area.

Carismas en los Grupos de Oración

8

Robert Michel, O.M.I.

Robert Michel, O.M.I.

Carismas

en los

en los Grupos

EDICIONES PAULINAS

Colección

RENOVACION

8

Con las debidas licencias.

© EDICIONES PAULINAS

Impreso en la P.S.S.P., Vic. Mackenna 10.777

Santiago, noviembre 1978

¿QUE ES UN CARISMA?

Quiero responder esta pregunta mirando el buen uso de los carismas en los grupos de oración carismáticos. El Concilio Vaticano II nos recuerda la existencia de estos carismas entre los cristianos.

En el n° 12 de la Constitución dogmática sobre la Iglesia leemos: *“El Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición. “Distribuye a cada uno según quiere” (1 Co. 12,11) sus dones. Con éstos los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: “A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad” (1 Co. 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia”.*

Es bien posible que la Renovación carismática haya sido suscitada en función de

las necesidades de la Iglesia en los grandes cambios actuales. El Espíritu es quien construye la Iglesia; El le da los carismas, los que El quiere y cuando quiere.

El Concilio habla también de los carismas en el Decreto sobre los laicos, lo que es muy significativo, ya que el movimiento carismático es ante todo un movimiento de laicos. En el n° 3 del mismo decreto recuerda la presencia de los carismas en todo el Pueblo de Dios; ya que es todo el Pueblo quien recibe esas gracias especiales para ayudar en la edificación del Cuerpo de Cristo.

Ya en el Concilio, pues, se constataba la existencia de los carismas y se hablaba de la Iglesia carismática. Después de 1967, surgieron grupos de oración con manifestaciones más visibles de carismas "extraordinarios" como el don de lenguas, de profecía, palabra de sabiduría, de inteligencia y el don de sanar. Desde hace un tiempo, se ven los carismas actuando en EE.UU., en Canadá, en América del Sur, en Europa y en otras partes.

Se experimentan a menudo estos carismas después de una "efusión del Espíritu". Se da este nombre al efecto producido en una persona por una oración hecha sobre

ella, para renovar su fe en la presencia del Espíritu y Su acción. Evidentemente, no se trata de recibir un nuevo sacramento; si bien a veces esta experiencia es llamada, "bautismo en el Espíritu". Se trata de hacer a alguien más conciente y atento a la presencia del Espíritu en su vida. Muchos cristianos jamás han tomado conciencia, personal y explícitamente, de que el Espíritu de amor les ha sido dado por los sacramentos de iniciación cristiana: bautismo, confirmación y eucaristía. La efusión del Espíritu tiende a despertar, a liberar ese dinamismo interior del Espíritu, al fondo de nosotros mismos. La experiencia de la presencia personal del Espíritu lleva a menudo al reconocimiento de estos dones.

Por lo tanto, la manifestación de los carismas —en grupos de oración católicos o de otras iglesias cristianas— es un hecho. S. Pablo nos ayuda a comprender esta realidad, sobre todo por lo que escribe en su 1ª carta a los Corintios. Los capítulos 12 a 14 de ella contienen textos fundamentales para los grupos carismáticos hoy día: "*No quiero, hermanos que estéis en ignorancia en cuanto a los dones espirituales*" —es decir, a los carismas (1 Co. 12,1).

¿Qué es un carisma? Es “un don especial del Espíritu, con miras al bien de la comunidad”. Así lo afirma S. Pablo en 1 Co. 12,7: *“A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad”*.

Un don gratuito

Es ante todo un don, un don gratuito. Nadie tiene los carismas que quiere, sino los que Dios quiere darle. Alguien podría decir: “Yo quisiera tener, el carisma de enseñanza, o el de discernimiento, o el de sanación”. Pero debe darse cuenta que estos dones son pura gratuidad de Dios, quien los distribuye a quien quiere y como quiere. Los carismas vienen de lo Alto y, como dice el Concilio, hay que recibirlos “en acción de gracias”.

Un don especial

El carisma es un don especial, no dado a todos. La amistad con Dios, la fe, la esperanza y la caridad, son también dones gratuitos de Dios; pero en sentido estricto no son “carismas”, porque Dios los da a todos.

los cristianos. Forman parte del ser-cristiano, común a todos.

A este "ser-cristiano" los carismas añaden una nota particular. Será, por ejemplo, el don de administrar una comunidad, la virginidad, el don de sanar, de enseñar, el don de profecía. No todos reciben estos dones: Dios los reserva para algunos. Los distribuye para un fin preciso, para actualizar un aspecto determinado de su misterio. El don de enseñar manifiesta la verdad divina, el don de sanar hace visible su poder, y misericordiosa bondad, deseosa de restaurar todo en Cristo.

Un don del Espíritu

Los carismas son dones especiales del *Espíritu*. Son signos del poder divino. Ahora bien, la Escritura atribuye el poder a la Persona del Espíritu. El es el Poder de Dios que obra en el mundo e interviene a menudo para construir la Iglesia mediante los carismas que distribuye.

Sin embargo, aunque provienen del Espíritu, los carismas no han de mirarse como intervenciones milagrosas y extraordinarias. El Espíritu a menudo asume cualidades naturales ya presentes en la creación; pero les

da un alcance nuevo, elevándolas en la línea de la fe y del amor. Si alguno ha recibido del Señor un espíritu claro y penetrante, el Espíritu puede servirse de dichas cualidades para darle el don de enseñar. Hay también cualidades de intuición que favorecen el don de discernimiento, hay rasgos de personalidad que predisponen para el don de sanación, etc. Los carismas están por tanto enraizados en el temperamento y en la historia de la persona que los recibe. Puede decirse que habitualmente son "lo humano con gracia". El Espíritu fortifica y transforma las disposiciones naturales para ordenarlas a algo nuevo que sobrepasa lo humano: "es decir, para la edificación de la comunidad cristiana.

Para el servicio de la Iglesia

Esta gracia especial del Espíritu se otorga *con miras al bien de la Iglesia*. Nos lo dice S. Pablo en 1 Co. 12,7: "*A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad*". Los carismas no son en primer lugar para el provecho del que los recibe, sino de los demás. Son esencialmente para el bien común, para el servicio de la

comunidad que el Espíritu quiere construir. Es pues importante poner los dones espirituales propios al servicio de los demás.

¿Qué significa “construir la comunidad” o “edificar”, como dice S. Pablo? *“El que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación”* (1 Co. 14, 3). Evidentemente, se trata de una construcción espiritual, de una comunidad cristiana que hay que juntar y unir. Hay que ayudar a la gente a acercarse más y más al Señor resucitado, en el Espíritu, por la fe y la caridad, por la paz, la alegría y la mutua unión. Los carismas están ordenados a promover esta unión, a crear una comunidad mejor, más madura en el Espíritu, que llegue a su plenitud, a la plenitud de Cristo. El Espíritu trabaja “en vista del bien común” para construir la comunidad, para intensificar los lazos que unen a los miembros.

Como el Espíritu Santo construyó las comunidades de Jerusalén y de Corinto, hoy quiere construir la tuya y la mía, todas las comunidades en que nos hallamos. Por los carismas que distribuye, quiere intensificar la fe, la esperanza y el amor. Y quiere manifestar el estímulo y consuelo de Dios: es el “Paráclito” o Consolador. El Pueblo de Dios necesita luz, consuelo, estímulos, orien-

tación, curación. El Espíritu actúa mediante sus carismas, instruyendo, ayudando a discernir, orientando, consolando, sanando. Es el conjunto de estas intervenciones carismáticas el que construye la comunidad en el Señor.

Reflejo de la riqueza de Dios

El conjunto de los carismas en un grupo refleja más plenamente la riqueza y bondad de Dios. Dios es tan rico que nadie —solo— puede manifestar los distintos aspectos de Su misterio. La comunidad entera da una imagen mejor. Por eso conviene que haya casados, sacerdotes, religiosos. Cada uno tiene un mensaje único sobre Dios. Que haya gente entusiasta, otras más moderadas: son dos cualidades de Dios que han de manifestarse en el grupo. Unos son más rápidos, otros más lentos; unos más intelectuales y otros más afectivos: todas esas son maneras para que Dios se haga presente en una comunidad, a fin de embellecerla y manifestar mejor Su misterio infinito.

Cuando el Espíritu quiere instruir a su pueblo, inspira la lectura de tal pasaje bíblico, tal comentario, tal enseñanza, tal dis-

cernimiento, tal mensaje o profecía. Si quiere animar, sugiere una oración espontánea, un testimonio, una sanación interior y aun a veces física. Se sirve de la variedad de personas para construir la comunidad y manifestar la riqueza insondable de Dios.

Para que esta belleza divina resulte visible, cada uno ha de poner sus carismas al servicio de los demás. Es el Espíritu Quien unifica estos dones en una armonía comunitaria que hace progresar al grupo en la unión con el Señor.

De este modo, un grupo de oración puede convertirse realmente en un "medio divino", un medio espiritual, favorable a la expansión de cada participante. Con el tiempo, el grupo madura y manifiesta más la potencia divina en todos estos aspectos; se encamina hacia su ideal, "para lograr así el hombre perfecto, que, en la madurez de su desarrollo, es la plenitud de Cristo" (Ef. 4,13).

DIVERSIDAD EN LA UNIDAD

S. Pablo en 1 Co. 12 y 14 nos habla de los carismas y de su uso. Hay que recordar desde luego que la situación de los Corintios era distinta de la nuestra. Ellos, entusiastas, eran recién convertidos a Cristo, y S. Pablo hubo de invitarlos a la moderación en su modo de orar, adaptándose así a la situación local. Los anima a hablar en lenguas y a profetizar, pero con orden y moderación, insistiendo en el orden de todo. Si hubiera escrito a una comunidad más tímida y menos libre en la alabanza, sus consejos hubieran sido distintos.

S. Pablo enumera numerosos carismas. Se adapta esta lista de 1 Co. 12 a la situación y al contexto, como las otras listas de Romanos 12 y Efesios 4. Los carismas de que habla aquí se manifiestan generalmente en las reuniones de oración.

La palabra de sabiduría

A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría (1 Co. 12,8). ¿En qué consiste esta palabra? Es difícil distinguirla con

precisión de la “palabra de ciencia”. Por lo demás, todos los carismas se reúnen interiormente; no son sino la expresión diversificada de la acción única del Espíritu. La “palabra de sabiduría” es talvez la palabra que capta el misterio de Dios de manera intuitiva y sabrosa y suscita en los oyentes una experiencia semejante. E invita a actuar según esta experiencia. Trátase de una palabra justa, pronunciada en buen momento, que llega al corazón del que la oye inflamándolo y atrayéndolo hacia Dios. Viene del Espíritu y depasa la actividad ordinaria de nuestras facultades.

La palabra de ciencia

A otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu (1 Co. 12,8). Esta palabra se dirige más bien a la inteligencia, como una luz que ayuda a penetrar en el sentido de la Escritura o del misterio de Dios. A menudo nace de una experiencia personal en la que la persona ha comprendido verdaderamente algo sobre Dios y quiere compartirlo con los demás. Ayuda al grupo por la luz y la presencia especial de Dios que aporta.

La fe

A otra fe en el mismo Espíritu (1 Co. 12, 9). No se trata de la fe ordinaria, que nos salva, por la cual creemos en Dios; sino de una fe en grado extraordinario, capaz de “transportar montañas”. Hemos encontrado esta fe tan fuerte, en personas que tienen fe a toda prueba. Este carisma de fe especial lo vemos en el profeta Elías cuando, sobre la montaña, invoca el fuego de Yahvé contra los profetas de Baal, con la certeza de que será escuchado. Lo vemos en S. Juan Bosco, cuando proyecta trabajos para el Señor, o en la Madre Teresa, en la India: tiene la convicción de que el Señor estará con ella. Este carisma muestra el poder de la acción divina en una persona y en un grupo.

Los dones de sanación

Sigue S. Pablo: “*a otro don de curaciones en el mismo Espíritu*” (1 Co. 12,9). Hay ciertas personas que tienen este don de curar: curar los cuerpos, enfermedades psicológicas, morales y espirituales; siendo el aspecto interior el más importante. El Señor es médico de los hombres, de las almas y de

los cuerpos. Vino a sanar, y este aspecto de su misión debe continuar en su Iglesia. En ciertos grupos de oración uno encuentra personas que ejercen esta acción sanadora del Señor. Así manifiesta Jesús su poder y su amor misericordioso.

El Señor puede y quiere sanar a todos, pero no sabemos siempre su hora ni el modo de sanar que aporta. El no sanó a todos los enfermos de la piscina de Betsaida, ni a todos los enfermos y leprosos que encontró en su camino. Escogió el sanar a algunos. Sabemos sin embargo que todos cuantos se acercan a El con fe reciben de El un gran don.

Jesús quiso unir el don de sanación con la predicación de su Palabra. Desea que, aun hoy día, las curaciones sean el signo de la presencia de su Palabra.

No hay que ver en toda sanación de este tipo una intervención milagrosa de Dios, es decir, fuera de toda ley natural. Al contrario, muchas de estas curaciones se realizan según las leyes que Dios mismo ha puesto en la naturaleza. Lo que no impide que sea el poder del Espíritu el que utiliza estas leyes para la gloria de Dios.

Los "milagros"

"A otro, operaciones de milagros" (1 Co. 12,10). Trátase de personas que tendrían este carisma de obrar milagros, distinto del de sanar: multiplicar el pan, como lo hizo Cristo, o hacer que ocurran cosas que parecen imposibles. El dijo: "*El que cree en Mí, ése hará también las obras que yo hago, y las hará mayores*" (Jn. 14,12). Si uno mira la vida de ciertos grandes cristianos, uno ve que estos milagros se producen. Este carisma está habitualmente ligado a una fe muy fuerte, al carisma de la fe.

La profecía

"A otro, profecía" (1 Co. 12,10). Este es uno de los carismas más útiles a los demás y, por consiguiente, está entre los más apetecibles. "*El que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación*" (1 Co. 14,3). Profetizar no consiste necesaria ni principalmente en predecir el porvenir, en anunciar sucesos futuros; consiste en hablar en nombre del Señor de manera fuerte y llamativa.

El Señor quiere llegar al fondo de los corazones para transformarlos. Si uno ha par-

ticipado alguna vez en un grupo de oración, donde un auténtico carisma de profecía se ha hecho manifiesto, uno percibe el poder de esta intervención. uno percibe el poder de esta intervención. Debería seguir un momento de intenso silencio y de interiorización. El profeta puede decir, por ej.: “Yo quiero juntar a mi Pueblo. Déjense juntar. No tengan miedo; Yo estoy con ustedes”.

La profecía puede hacerse en primera persona singular: “Yo les doy un corazón nuevo”; o bien en tercera persona: “El Señor los invita a tener en El una confianza total”.

La profecía no proviene de una simple reflexión natural, sino de una intensa experiencia de Dios. Esta luz interior del Espíritu es la que el profeta comunica a la asamblea. Evidentemente, esta manifestación requiere siempre un justo discernimiento, respecto del profeta y de toda la comunidad. El profeta tiene también el deber de purificar incesantemente el ejercicio de su don, para evitar poner en él nada “suyo”.

El discernimiento

“A otro, *discreción de spiritus*” (1 Co. 12,10). Este es un carisma muy útil para el

bien del grupo: saber reconocer lo que viene del Espíritu de Dios. Todos los cristianos deben discernir la voz de Dios y buscar constantemente cómo responderle; es una actitud esencial de toda vida cristiana. Pero el carisma de que ahora tratamos va más lejos. Hay quienes captan como instintivamente el origen de los movimientos del alma y de las intervenciones, y pueden decir en seguida: "Esto viene del Espíritu Santo; aquello, del espíritu del mal". Perciben espontáneamente y por connaturalidad el origen de las intervenciones. Las personas muy unidas con Dios pueden reconocer más fácilmente lo que viene de El.

La función de discernir debe ejercerse en todo grupo de oración. Ella será más visible y operante, naturalmente, en ciertas personas que poseen este carisma. Sabemos bien que no todo viene necesariamente del Espíritu Santo en nuestras comunidades carismáticas. También está presente el Espíritu del mal y trabaja fuertemente para apartar los corazones del Espíritu de verdad. Se ha comprobado que mientras más un grupo trata de vivir en el Espíritu Santo, más consciente se hace de estas fuerzas contrarias. Es pues esencial el asegurar en toda comu-

nidad cristiana el ejercicio continuo del discernimiento.

La diversidad de lenguas

“A otro, género de lenguas” (1 Co. 12,10). Es el don de lenguas, llamado también “glosolalia”. El Nuevo Testamento menciona este carisma en los Hechos de los Apóstoles, en 1ª Corintios y probablemente al final del evangelio de S. Marcos. S. Pablo tenía este don. Escribe: *“Doy gracias a Dios de que hablo en lenguas más que todos vosotros”* (1 Co. 14,18); *“Yo veo muy bien que todos vosotros habléis en lenguas”* (1 Co. 14,5). Este carisma existía en las comunidades cristianas de los primeros siglos de la Iglesia.

Hoy, el don de lenguas se encuentra con bastante frecuencia entre los pentecostales clásicos, los neo-pentecostales y los católicos llamados “carismáticos”. Yo conozco a bastantes personas que oran en lenguas.

Este don tiene dos aspectos: oración en lenguas y mensaje en lenguas. Orar en lenguas es dirigirse a Dios y expresarse con palabras y sonidos cuyo contenido conceptual no se percibe. Alguno habla a Dios y expresa la plenitud de su ser, a menudo en un contexto de alabanza. Podría compararse

la oración en lenguas con la danza de David delante del Arca: ambas provienen de un corazón desbordante de alabanza, que trata de expresarse más allá de las ideas claras y del lenguaje racional.

¿Se trata verdaderamente de otra "lengua"? Los especialistas no están de acuerdo al respecto. En el hablar en lenguas se reconocen a veces pasajes de lenguas antiguas, como hebreo o griego, o lenguas litúrgicas, o aun lenguas vivas. Pero pienso que este hecho no está todavía bien establecido científicamente. Por mi parte, pensaría que se trata a menudo de sílabas o sonidos que expresan oración. Pero no excluyo que el Espíritu pueda servirse de la glosolalia para unir personas de otras lenguas e instruir las. Se cuentan casos en que una misma persona, en diversas ocasiones, se habría expresado en distintas lenguas extranjeras.

Me parece que lo que importa no es saber si se trata siempre de lenguas reales, sino de apreciar los efectos de esta oración sobre las personas. ¿Facilita la oración, este hablar en lenguas? ¿Favorece una experiencia de Dios más inmediata y personal? ¿Hace rezar mejor? ¿Proporciona paz, alegría? ¿A qué conduce? Si los efectos son positivos y favorecen el progreso espiritual, me parece

que entonces eso proviene del Espíritu. Porque juzgamos el árbol por sus frutos. Es más importante considerar los efectos, que especular sobre las posibles causas del fenómeno.

El don de orar en lenguas se ejercita más bien en la oración personal. Puede así mismo darse en un grupo. Sucede a veces, durante las reuniones, que varios oran juntos, algunos en lenguas y otros en su propio idioma. Recordemos también que la oración en lenguas no reemplaza otras formas de orar, sino más bien sirve para darles un vuelo nuevo.

Quizás ustedes conozcan el fenómeno del canto en lenguas que se produce en ciertas reuniones. Varias personas cantan en alabanzas y el resultado es un todo armonioso que pacifica y lleva a la interioridad y a la oración.

El otro aspecto del carisma, más raro que el anterior, es el mensaje en lenguas. Alguno, durante la reunión, habla en lenguas dirigiéndose a los presentes. El clima es distinto y uno siente que se trata más bien de un mensaje emparentado con la profecía. Es completamente necesario, dice S. Pablo, que haya ahí una interpretación; porque un mensaje no comprendido no tiene utilidad

alguna. Así pues hay que esperar que se de una interpretación, por otro, o a veces por el que ha hablado en lenguas. Escuchemos a S. Pablo: "*Si algunos han de hablar en lenguas, sean dos o a lo más tres, por turno, y uno interprete. Si no hubiere intérprete, cállese y hable para sí mismo y para Dios*" (1 Co. 14,27-28).

La interpretación

Un último carisma menciona S. Pablo en este pasaje (1 Co. 12,10): "*A otro, interpretación de lenguas*". Si alguien da un mensaje en lenguas, se necesita una interpretación. Quien tiene este carisma, comprende al que habla en lenguas y también interpreta el sentido general de lo que ha dicho. No ha identificado la lengua hablada; propiamente no traduce, sino que por una inspiración distinta del Espíritu da lo sustancial del mensaje. Esto explica por qué la interpretación puede ser más corta o más larga que el mensaje mismo.

Hay que seguir el consejo paulino que exige interpretación para todo mensaje en lenguas; a diferencia de la oración en lenguas que, como se dirige a Dios, no exige interpretación. En la práctica, después del

mensaje en lenguas sigue un silencio en espera de una interpretación. Por lo demás, estos momentos de silencio son muy valiosos: de ellos brota a menudo una palabra profética o una oración inspirada que ayuda en verdad a edificar la comunidad.

Otros carismas

Me he limitado solamente a una de las listas de carismas que trae S. Pablo. En otras partes, según las situaciones de las comunidades, el Apóstol enumera muchos otros dones espirituales, como el apostolado, el servicio, el diaconado, la enseñanza, la organización o la oración espontánea. Hay personas que tienen esta facilidad de orar espontáneamente en la asamblea —lo que no es concedido a todos. A veces, después de la efusión del Espíritu, experimentan en sí esta liberación de la alabanza. También puede hablarse del carisma de la música o del canto apropiado. *“Cuando os juntéis, tenga cada uno su salmo, tenga su instrucción, tenga su revelación, etc.”*. (1 Co. 14,26). Hay quienes enriquecen su grupo gracias a su talento musical; otros, de otras maneras. Cada uno tiene su talento: los que presiden, los que acogen, los que organizan, los que

enseñan, los que oran personalmente sobre las personas que lo piden, etc. Todo eso junto contribuye a crear una comunidad viviente en el Espíritu.

EL BUEN USO DE LOS CARISMAS

Ante todo ejercerlos

Si el Espíritu distribuye copiosamente sus carismas, es para que estos dones sean puestos al servicio de la comunidad. Por tanto hay que descubrirlos y ejercerlos para el bien de los otros y no para dejarlos dormir. Escribe S. Pablo (Rm. 12,6-8): *“Todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fue dada; ya sea la profecía, según la medida de la fe; ya sea ministerio, para servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, para exhortar; el que da, con sencillez; quien preside, presida con solicitud; quien practica la misericordia, hágalo con alegría”*. Y por su parte S. Pedro (1 P. 4,10): *“El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”*.

A menudo tenemos necesidad de los otros para descubrir los carismas que Dios nos ha dado. Al reflexionar sobre las intervenciones, puede llegarse a detectar los carismas de cada cual. Hay que poner en común

las impresiones y reacciones para discernir lo que ayuda y lo que daña a la comunidad. Es el conjunto de un grupo viviente en el Espíritu el que puede discernir los carismas de enseñanza, de profecía, de animación, etc.

A veces, en cuanto a este punto, un cierto caminar resulta necesario antes de llegar al equilibrio. Por una parte, se requiere esta "liberación" del Espíritu, presente ya, pero a menudo como entrabada por una formación demasiado estrecha y reglamentada. Por otra parte, la oración debe expresarse en el orden y el discernimiento.

El buen orden de los grupos

Para este buen orden el mismo S. Pablo aconseja: *"porque Dios no es Dios de confusión, sino de paz"* (1 Co. 14,33); y quiere *"que todo sea para edificación"* (1 Co. 14,26) no en sentido superficial o moralizante, sino en el sentido en que se construye la comunidad. *"Hágase todo con decoro y orden"* (1 Co. 14,40). Es bueno que se manifiesten los carismas, pero en armonía, amor y paz.

"En cuanto a los profetas, que hablen dos o tres y los demás juzguen" (1 Co. 14,29). S. Pablo invita pues a la comunidad a que

“juzgue”; es decir, a que discierna la verdad enseñada, a fin de que el Espíritu que anima al profeta encaje con el Espíritu que está en la comunidad. *“El espíritu de los profetas está sometido a los profetas”* (1 Co. 14,32); es decir, el carisma de profecía, como los otros, debe ejercerse con dominio de sí mismo. El Espíritu jamás quita el libre empleo y el control de las actividades propias.

“Si algunos han de hablar en lenguas, sean dos o a lo más tres, por turno, y uno interprete. Si no hubiere intérprete, cállese y hable para sí mismo y para Dios” (1 Co. 14, 27-28). Tales consejos son válidos aun hoy en día.

S. Pablo exhorta a los Corintios entusiasmados a que intervengan, uno a la vez, *“por turno”* (1 Co. 14,31). En las reuniones de oración, hay que saber intervenir oportunamente. Hay un momento para profetizar, para rezar espontáneamente, para proponer un canto o una lectura. Hay que usar el discernimiento y preguntarse si el Espíritu quiere esta intervención y si la quiere en este momento. A veces hay que saber esperar en paz y autodominio: signos de la presencia del Espíritu.

El rol del animador

Los responsables del grupo y los animadores desempeñan un papel importante en la mantención del buen orden de las asambleas. A ellos les toca asegurar el buen desarrollo de las reuniones de oración. Un mínimo de organización y de estructura permite la manifestación del Espíritu. Los grupos muy numerosos requieren más preparación y estructuras. Con grupos menores, hay que tratar de asociar la espontaneidad del Espíritu con un cierto modo de proceder que asegure la armonía de las intervenciones.

Para ilustrar estas observaciones, describiré una reunión típica del grupo que frecuento. Comenzamos con cantos; esto pacifica y crea una atmósfera favorable a la oración. El servidor se levanta y en breves palabras invita a cada uno a participar en oración. Sigue a esto un período de oración espontánea, a menudo una oración de alabanza, lecturas de la Palabra, cantos, momentos de silencio. Después, a menudo, algunos aportan un "testimonio", relatan las maravillas de Dios en sus vidas. Después de nuevas plegarias, cantos en lenguas, momentos de silencio, surge a veces una pro-

fecia, un mensaje en lenguas con interpretación, o una enseñanza. Hacia el final, un período de oración de petición, y se termina en un canto. Este esquema no es rígido o fijo; es más bien un cuadro general que los participantes adoptan para asegurar la paz y el buen orden de las intervenciones.

Los animadores y el equipo cuidan de la buena orientación del grupo. Deben reflexionar mucho y practicar constantemente el discernimiento en la oración. A veces, hay que pedirle a algunos que no intervengan, o que hablen con menos frecuencia, porque eso daña a la asamblea. Pero se hace todo en un clima de gran caridad, cuidando de ayudar a las personas. Con el tiempo, los grupos adquieren una sabiduría y una experiencia que permiten enfrentarse con situaciones difíciles.

En este grupo, antes de la asamblea, tenemos siempre un encuentro de introducción para los que vienen por primera vez. En el curso de cada reunión, aseguramos una enseñanza preparada que dura de 5 a 10 minutos. Para disponerse a la efusión del Espíritu, ofrecemos regularmente seminarios de 7 semanas. También tenemos sesiones para los que han recibido esta efusión del Espíritu. Las oraciones especiales que

algunos piden se hagan sobre ellos, se tienen después de las reuniones generales, por gente bien preparada, en un local a propósito. Cada grupo debe determinar lo que necesita para asegurar su buen funcionamiento.

Saber discernir

Nunca insistiremos demasiado en la necesidad de discernimiento espiritual ante las profecías, los mensajes, las curaciones, la enseñanza, el liderazgo, las intervenciones extraordinarias de todo género. El Espíritu tiene su estilo propio, su lenguaje que hay que aprender a reconocerlo. Especialmente, ante los "mensajes" dirigidos a tal grupo o persona, hay que tener mucha prudencia. Dios nos ha dado inteligencia y capacidad de discernir, y nos invita a servirnos de ellas continuamente para su gloria. Un culto y una acción sin inteligencia no dan ciertamente a Dios la gloria que le corresponde.

Hablemos primero del discernimiento comunitario. En el grupo que frecuento, he notado que durante las reuniones se ejerce un discernimiento comunitario, a menudo implícito. Después de una intervención que puede presentar un problema, el grupo muestra a veces su adhesión continuando su ora-

ción en el mismo sentido. Si son varios los que retoman el mismo tema y lo profundizan mediante nuevas oraciones, lecturas o cánticos, en un clima de verdad y de paz, eso parece indicar que el Espíritu sopla en tal sentido. Si por el contrario la intervención suscita un frío silencio, una no-recepción, u otra orientación de parte de la asamblea, eso también puede ser muy revelador.

Aun fuera de las reuniones, conviene que los participantes intercambien sus impresiones. El Espíritu está presente en toda la comunidad, y este poner-en-común, mediante la mutua confirmación, ayuda a discernir bien su presencia. Si un grupo busca realmente al Señor con espíritu abierto y sencillo, todos juntos podrán discernir lo que no marcha, y lo que se opone a la acción del Espíritu.

Además de este discernimiento comunitario, es de desear que todos los miembros del grupo ejerciten continuamente el discernimiento personal. Cada uno debe preguntarse si realmente ejercita, para el bien común, sus carismas en el Espíritu, y ver lo que debe retener de las intervenciones de los otros en las reuniones.

I N D I C E

¿Qué es 'un carisma?	3
Diversidad en la Unidad	12
El buen uso de los carismas	25

COLECCIÓN "RENOVACION"

1. Plenitud en el Espíritu Santo - *Georgina Gamarra m.m.*
2. Amar y perdonar - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
3. Oración con Jesús - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
4. Liberación en Cristo Jesús - *Salvador Carrillo Alday, m.s.p.s.*
5. Sanación de recuerdos - *Hna. Paula Van Horn*
6. Crecer en la oración - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
7. Grupos de oración - *Mons. Alfonso Uribe J.*
8. Carismas en los Grupos de Oración - *Robert Michel, o.m.i.*
9. Reconocer el espíritu - *Jacques Custeau, s.j.*
10. Los Sacramentos - *Briege Mckenna*
11. Vivir con el espíritu - *P. Philippe, o.s.b.*
12. Conocer, amar y servir - *Hna. Briege Mckenna*

Impreso en Chile